

PREMIO PRIMAVERA DE NOVELA 2013

USE LAHOZ

EL AÑO
EN QUE

ME



ENAMORÉ



DE



TODAS



Esta es la historia de Sylvain Saury, un joven parisino adicto a la vida que se acerca peligrosamente a los treinta y que sufre el síndrome de Peter Pan. Tiene muchas virtudes: es sensible, bilingüe y sabe hacer amigos, pero también tiene grandes defectos: en cuestiones de amor no consigue pasar página, tiende a meterse donde no le llaman y el verbo «madurar» le asusta.

Cuando recibe la propuesta de un trabajo mal pagado en Madrid no se lo piensa: prefiere vivir allí a salto de mata que hacerse adulto en París. Y, además, en Madrid vive Heike Krüger, su exnovia alemana, a quien no ha conseguido olvidar.

Mientras se instala, Sylvain va trazando el plan de reconquista de Heike, pero el inesperado hallazgo de un manuscrito cambiará sus planes y le abrirá una ventana a una historia emocionante, llena de sorpresas y casualidades. Esta lectura trastocará su brújula y le recordará la gran verdad oculta tras la frase con la que le despidió de París su amigo Michel Tatin: «El corazón está para usarlo».

Índice de contenido

PRIMERA PARTE. ESCRITO EN LA DERIVA

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9

SEGUNDA PARTE. UN BUEN HIJO

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10

TERCERA PARTE. UNA HISTORIA DE AMOR

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6

CUARTA PARTE. TODO QUEDA EN CASA

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9

Agradecimientos

Sobre el autor

«El sentido de nuestra vida es su aventura
en el tiempo»

El infinito viajar

«Il pleure dans mon coeur comme il pleut
sur la ville»

Paul Verlaine, *Ariette III*,
Romances sans paroles

PRIMERA PARTE ESCRITO EN LA DERIVA

1

Cada vez que mi madre y yo sufríamos una decepción por amor acudíamos al taller de Monsieur Tatin para que nos reparase el corazón. Por eso, antes de trasladarme de París a Madrid para reencontrarme con la última mujer que me lo había parado en seco, fui a visitarle.

En aquel momento yo vivía a la deriva. Me asaltaban los miedos y la indecisión que precede a todo viaje con riesgo.

Michel Tatin reemplazaba las piezas de algún motor y asomó la cabeza desde los bajos de un coche:

—*Mon petit Sylvain* —dijo, levantando la vista—, ¿pasa algo?

—Me voy —dije.

En mi rostro brillaba la sombra de un interrogante derramado sobre el futuro.

—¿Otra vez?

Levanté los hombros. La rapidez de reflejos nunca ha sido mi fuerte. Hasta que Monsieur Tatin no se puso en pie no pude hablar.

—Es la última, un año más, y se acabó.

—Eso nunca se sabe, pequeño... —Tuvo razones para echarse a reír—. Vamos para dentro...

No solo había venido para despedirme, así que le seguí al interior. Me desprendí de cazadora, jersey y camisa. Monsieur Tatin encendió los focos que iluminaban la plancha de operaciones y se pasó un trapo por las manos. Dio un trago de agua y se remangó. Con el torso descubierto, dejé que hiciera su trabajo: extrajo el corazón, lo sostuvo entre las manos y, con sumo cuidado, lo colocó sobre la chapa metálica para manipularlo con sus herramientas. Respiré hondo y percibí la mezcla de serrín, grasa y neumático. Aquel taller era el parque de mi infancia.

—Oh, Sylvain... estás confundido —hablaba al tiempo que examinaba—. Te acercas a los treinta, ¿verdad?

—Sí, peligrosamente.

—De ahora en adelante debes tener mucho cuidado. Ya no estás para hacer tonterías. ¿Dónde vas esta vez?

—A Madrid.

—¿Está Heike allí?

—Me temo que sí.

—¿La has avisado?

—No.

—Para que te vayas protegido debes prometerme una cosa.

—Sí...

—Vive sin miedo, siendo tú mismo. Yo me hago cargo de tu madre. Bebe con cuidado, pero con confianza, ¿de acuerdo? Y, sobre todo, el corazón está para usarlo. No lo dejes en barbecho.

—De acuerdo.

—¿Estás fumando últimamente?

—No, casi nada.

—Pues deberías... un paquete y medio al día, desde primera hora... Te ayudará hasta que pase el primer mes.

—Así lo haré, Monsieur Tatin.

—Recuerda que la paciencia es un invento de los adultos. Socialmente, está mejor vista que la bebida, la definden los que ya no pueden tener nada más que paciencia. No hagas caso, tú, sin miedo; lo importante es que llegues a mi edad con vivencias de las que arrepentirte, ¿me sigues, pequeño?

Asentí persuadido.

—El amor trae un defecto de fábrica: se quiere a quien te llena un vacío. Disfrutarás de él si asumes ese punto de partida, ¿me escribirás?

—Por supuesto.

Salí del taller de la Rue Parrot dispuesto a empezar de cero. Parecía que las dudas se habían disipado. Para mi ma-

dre y para mí, Michel Tatin era un sabio, un ser imprescindible. Observaba la realidad instalado en la meseta de la vida, una ubicación inalcanzable para nosotros. Caminé hasta Bastilla y cogí el metro para llegar cuanto antes a casa y terminar la maleta.

Así empezó el mejor año de mi vida. Y por más que hayan pasado varios desde entonces, para mí aquel aún no ha terminado.

Era febrero de 2005. Tres meses antes había vuelto de Montevideo, donde cumplí un *stage* para la agencia internacional France Press. Había trabajado tanto que regresé a París convencido de que me harían fijo y en menos de nada estaría cubriendo eventos por el mundo. Pero pasaban los días y no sonaba el teléfono. En la agencia, el jefe de sección siempre estaba reunido.

Una tarde de enero me llegó un *e-mail* del subdirector de *L'Express du Jour*, un periódico gratuito de vagones y estaciones de metro. Buscaban un corresponsal bilingüe en Madrid que enviara crónicas semanales en francés. Sería una prueba, durante un año. Manejaban el perfil de periodista joven, solícito y barato.

Quedamos en vernos en Odéon. Fui a la cita sabiendo de antemano que aceptaría. No firmamos nada. Aquel directivo me ofreció un ordenador portátil, obsequio de la casa. Solo me pagarían seiscientos euros brutos al mes, pero invité encantado al café que nos tomamos en Les Éditeurs.

De pronto, los años viajando de un lugar a otro, las vueltas en la cama y los sondeos de quimeras se fundieron y un apacible peso me bajó los párpados. Sabía que en Madrid seguía viviendo Heike Krüger.

2

Heike y yo nos habíamos conocido cuatro años atrás en Florencia, donde nos reunió la beca Erasmus. A primera vista, no nos caímos bien. En una de esas cenas colectivas en las que nadie se conoce, la divisé sentada en una esquina de la mesa junto al lambrusco. Cuando le rogué si podía acercarse vino hacia mi zona, cogió una botella sin abrir y la lanzó. De milagro, la agarré un segundo antes de que estallara mientras ella se partía de risa. No lo tomé como un presagio, tal vez me equivoqué.

En febrero nos liamos. Me bastaron dos días de complicidad y buen sexo para enamorarme como un becerro. A Florencia llegaba la primavera anticipada y mi residencia del Oltrearno era una noria capaz de subirme al cielo y posarme sobre una nube para dormir una lasciva siesta junto a ella. La felicidad cabía en mi mano y no tenía sueño.

Cuando terminó el curso, la decepción me limaba el instinto. El reloj que yo creía detenido desde el primer beso había seguido en marcha. Después de tanta intensidad, tenía dos opciones: volver a París con mi madre o seguir a Heike allá donde fuera.

También es fácil adivinar qué hice.

Ella vivía en Hamburgo. Alemania. Norte. Frío. Pero por estar con ella hubiera subido al Everest sin botella de oxígeno.

Decidí tomarme un trimestre sabático y aparecí en Hamburgo en octubre. A pesar de la nieve y las desavenencias domésticas, en su piso lo pasamos bien. Había calefacción y espacio. Solía visitarnos su hermano pequeño, Michael Krüger, con quien luego mantuve contacto; un tío divertido que cuando se tomaba dos copas explicaba los chistes como nadie. Después de fin de año tuve que volver a París.

Tenía que terminar la carrera, que la tenía olvidada por completo. Con las cosas simples suelo ser olvidadizo.

Pero la cosa no se quedó ahí.

La distancia empezó a enmarañar el amor, a ratos lo idealizaba y a veces lo colgaba de una llamada de teléfono como se tiende un pantalón deshilachado. Cualquier excusa me servía para abandonar las clases y plantarme en Hamburgo. Si Heike me decía que no le iba bien que fuera ese fin de semana, mi razón se perdía por un laberinto de celos y temores. Iba. Lo que me esperaba era discusión, culpa, suspicacia. No era la misma Heike de Florencia. ¿Dónde estaba la chica impulsiva, dispuesta a coger el primer tren rumbo a cualquier lugar? Ahora llevaba la responsabilidad al extremo, como si quisiera medir todo con su regla y su cartabón. Si dejaba un vaso mal colocado, si me olvidaba de limpiar la cafetera o si al hacer la cama no quedaba la almohada en la posición que ella quería, ardía su carácter y la tomaba conmigo. Y peor era cuando, mientras planchaba su ropa, decía: «Tu problema es que me quieres demasiado, eso no es sano». Volvía a París derrotado. La llamaba de nuevo. Le pedía unas disculpas que ella no aceptaba, porque decía: «Eres así, no tengo por qué perdonarte». Y de esta manera conseguía que me odiase a mí mismo y la odiara a ella. Me tenía rendido.

Al cabo de dos años, después de haberme arrastrado como un perro por todas las calles que ella iba pisando, me dejó, por teléfono, con la ruina en el bolsillo y en los ojos. Yo estaba en Roma, haciendo unas prácticas en una revista.

No había conseguido olvidarme de ella.

Desde entonces, nunca más la había vuelto a ver. Aunque a veces, cuando abría el congelador, estaba ahí, junto a los cubitos de hielo, sin hacerme caso, concentrada en lo suyo.

Tras acabar Arquitectura en Hamburgo, Heike Krüger, española de padres alemanes, había regresado a Madrid, ciudad donde había pasado parte de su infancia. Según

amigos comunes, ocupaba un cargo significativo en un estudio de jóvenes arquitectos.

Cuando me subí a un avión en Charles de Gaulle con mi portátil y mi mundo, otra vez, a los veintiocho años por estrenar, yo sabía bien dónde vivía Heike Krüger.

Me apasionan las novelas que tratan las segundas oportunidades. Si cada vida es una novela, la novela de mi vida está llena de ellas.

Y quizás por eso, por sentir que estrenaba una nueva etapa y que estaba abriendo un regalo, en la servilleta que le pedí a la azafata de Air France, escribí:

Je sais bien que tes yeux parlent, mais personne ne les écoute jamais, je sais bien que je connaitrai la face en verre de ta taille, n'hésites pas, mon amour, je t'attends. Même si personne ne les écoute, je sais bien que tes yeux parlent. Je sais bien que je finirai par découvrir la face invisible de ta taille. Ne renie pas, n'hésites pas, mon amour, j'attendrai ton retour.

3

Caían cuatro gotas cuando aterricé en Barajas, pero comparado con París, el frío de Madrid era una broma.

Me vino a buscar Jacobo, mi mejor amigo de la época de Roma. Él estaba allí con una beca Erasmus. Nos pasamos el año de fiesta en fiesta. Teníamos esa edad en la que no existen obligaciones ni se teme a la vergüenza.

Había venido un par de veces a París y durante mi estancia en Montevideo no hubo una semana en la que no me escribiera. Era de Madrid y después del Erasmus regresó para terminar Sociología. Ya trabajaba. De camino en su Fiat Punto habló de la vida laboral y los impertinentes madrugones. Vivía en Marqués de Vadillo con unos colegas. Insistió en que me quedara en su casa el tiempo que necesitase, pero me advirtió de que a partir de las doce venía otro inquilino, el Flopi, que les había alquilado el salón por las noches a cambio de que pagara los gastos de luz, gas y agua.

Cuando llegamos, entendí la situación. Era un primer piso con vistas al estadio Vicente Calderón y a la M-30. El ruido de la avenida se mezclaba con la atronadora música que comprimía el salón. Los compañeros de Jacobo tenían pasión por el desorden y el ánimo brillaba en sus ojos de forma difusa. Ocupaban sillones y sofás con posturas insólitas.

Uno de ellos se esforzó y me tendió la mano.

—Tú eres el Sylvain, el francés, ¿no? —pronunció mi nombre tal como se escribe.

—Sí, sí.

—¿Qué pasa, tronco? Yo soy el Johnny. ¿Te quedas unos días?

—Hasta que encuentre algo —dije.

Jacobo me condujo a su habitación para que dejara las cosas. Era tan pequeña que la maleta grande no cabía entre la pared y la cama, por lo que tuve que ponerla en el pasillo.

Me costó aceptar que tendría que dormir en el salón. Ni siquiera el taller de Monsieur Tatin, que era un cajón de sastre, estaba tan desorganizado. Recordé la casa de mi madre en París, las sábanas limpias, el suelo limpio, las estanterías limpias.

En la cocina, una montaña de vajilla se apilaba en el fregadero. Mientras sacaba del congelador unos filetes que llamó rusos, Jacobo preguntó:

—Y de esta, ¿sabes algo?

—Pues no mucho, sé que está por aquí. Ya la veré, supongo...

Por su culpa vislumbré a Heike en una playa de La Puglia, los dos jugando en la arena a que nadie viera mi mano entre las toallas. Por encima de la mugre, repasé la tonalidad de su piel y la insolvencia de aquel biquini.

Jacobo encendió el fuego bajo una sartén pegajosa. Giré la vista y en la puerta de un armario vi un texto de Charles Bukowski que explicaba que el estado de una cocina es reflejo de la personalidad de un hombre: «El que la tenga pulida y ordenada es un hombre frío, calculador, de cemento y de cualidades espirituales detestables, quien jamás la limpie demuestra poseer lucidez y libertad de pensamiento».

Después de cenar se compadecieron del francés recién llegado y todos se fueron a cámara lenta en busca de sus camas.

Cansado y mareado, caí en el primer sofá que me brindaba Madrid. Ni siquiera me atreví a desvestirme. Me tapé con una manta. Mañana sería otro día. Tenía que buscar piso cuanto antes.

El sueño se apoderaba de mí. Era más de la una. Contaba números hacia atrás: diecisiete, dieciséis, quince, cator-

ce, trece... y, entrando en el letargo, un portazo me despertó. Llegó acompañado por el eco de unos pasos y el tintineo de unas llaves. Le siguió el estrépito de otra puerta. Se encendieron las luces.

Un tipo bajito, con una larga coleta y unas zapatillas de deporte de suela estratosférica, caminaba por el salón.

—¿Qué pasa, tronco? Soy el Flopi —anunció con voz animada.

—Yo soy Sylvain, amigo de Jacobo.

—¿El francés?

Asentí. Tanta luz de golpe me hería los ojos. Me incorporé y doblé la almohada.

—No te molesta que juegue un rato a la Play, ¿no?

No sabía a ciencia cierta lo que me estaba diciendo.

—Tranqui, que apagaré la luz y me encenderé la lamparita —se fue explicando—. Yo duermo por el día en casa de mi vieja y prefiero pasar aquí la noche, más despejado... ¿Sylvain qué más?, ¿cómo es tu apellido?

—Saury —dije—, pronunciado Sogguí.

Desde su feliz apariencia, el Flopi me buscó con la mirada. Descubrí una sonrisa mientras decía:

—Sylvain Saury... ya ves, ya te vale, tronco... Entonces, tú eres el que estuvo en Italia y en Uruguay, ¿no?

—Sí, soy yo...

Cuando pensé que ya no lo escucharía más, el Flopi, entre los incomodísimos ruiditos del videojuego, dictó sentencia:

—Pues ni París, ni Montevideo, ni Roma, ni pollas, como Madrid no hay nada... ya lo verás...

¿Era esta la escena de aterrizar en Madrid que salía en mis sueños? De ninguna manera. Desvelado, agarré un trozo de papel y un boli que encontré por el suelo. Procurando que el Flopi no me viera, pensé en la postal que debía enviar a Monsieur Tatin y escribí:

Je suis une valise, je vais d'un côté à l'autre sans point fixe...